EL PALACIO DE LA ALJAFERÍA A TRAVÉS DE SUS INTERVENCIONES ARQUEOLÓGICAS

Manuel Martín-Bueno y J. Carlos Sáenz Preciado

A Ángel San Vicente Pino,
maestro de muchos y
amigo de sus amigos

After more than twelve years of archaeological fieldwork within this important building, the authors present here the results of their research into the building. The main feature of the building was its continuous evolution, since 9th century to the present time. A genuine dialogue between the archaeologist and the monument itself has been proposed. The archaeologist questioning the monument by using his own scientific method, although the monument's answers, due to the fragmentary state of archaeological evidence belonging to each and every single period or even from the scarce available evidence from certain periods, were not always easily to understand.

Continuous changes within the building's function, i.e. from Royal Palace to Inquisition's prison and finally a military establishment, pose some problems when attempting to interpret the subsoil and the standing walls' stratigraphy. In this sense, the data recovered allow us to recreate the historical development of the building as a whole. In addition, this research seed light on less well-known periods such as the Christian Middle Age, previously known just from written sources and a very few well-identified archaeological remains.

The different periods represented within the palace's stratigraphy will be analyzed in this paper, together with an specific approach to every single period, such as the Medieval period, represented by both Islamic and Christian phases as well as the Catholic Mo-

narchs' Renaissance. The later periods documented could be regarded as a decline that took over the building, which was formerly a magnificent monument.

Equally, the methodological and interpretation approach, together with the building's adaptation to its new use as the Aragon's Parliament, have involved different specialists, such as archaeologist, art historians and architects, with their various points of view. The result of this inter-disciplinary discussion is the historical and monumental recovery of Saragossa's Palace of the Aljaferia.

Los más de doce años de trabajos arqueológicos desarrollados en el Palacio de la Aljafería han contribuido de manera notable a su recuperación. Se ha tratado de un proceso largo y a menudo traumático al ser necesario adaptar el edificio a las necesidades de la sociedad moderna, actual, buscando compaginar su uso político como sede de las Cortes de Aragón con el disfrute continuado por parte del ciudadano.

Los monumentos arquitectónicos son seres que aún no estando vivos en el sentido estricto del término, si lo están en cuanto a su integración en el tejido social al que sirven y por el que son directamente utilizados. Para el romántico J. Ruskin (Londres, 1819-1900) los edificios tenían un ciclo vital completo que se desarrollaba desde el nacimiento, evolucionando a través de la juventud, madurez, senectud y muerte, encontrándose en este último punto cuando se hizo apremiante su restauración, a punto de convertirse para unos pocos en un objeto de carácter y contemplación mística, «el esplendor de la ruina» y ajeno y extraño para los demás.

El diálogo con el monumento no fue fácil, todo lo contrario. Su evolución histórica, la existencia de cambios, fluctuaciones y tensiones en el seno de la sociedad, marcó de manera indeleble la fisonomía, unas veces acumulativa y otras simplificadora, que presenta el monumento. Los más de diez siglos de historia del edificio dejaron huellas muchas veces inapreciables por sus continuas modificaciones, pero de una manera u otra siempre presentes.

Desde la primitiva torre islámica de vigilancia, hasta su más reciente función cuartelaria de la que buena parte de la sociedad aragonesa guarda recuerdo al efectuar parte de sus jóvenes su servicio militar entre aquellos muros, la Aljafería ha formado parte de la historia de Aragón y simultaneamente de la de España. Corte de reyes y príncipes, cárcel de nobles y plebeyos, sede del Santo Oficio y prisión de judíos y herejes, incluso en sus momentos más duros, cuando sus muros se desplomaron ante las baterías francesas, contribuyó a la heroización de la ciudad, la Aljafería mantuvo su vinculo de lealtad con Zaragoza, muchas veces no correspondido y a la que antaño se refería Jaime II como *nostra predilecta.*

Hasta tiempos muy recientes, no ha existido una verdadera interacción entre el monumento y la sociedad. Aquel era una pieza que jugaba su papel en la vida de la comunidad que la utilizaba sin llegar a tener un mayor significado o protagonismo. Esa utilización sin límites de la obra arquitectónica ha estado presidida por un sentido utilitario a ultranza sin paliativos ni concesiones. La historia demuestra que pocas veces se ha planteado una actitud conservacionista rigurosa en la modificación de edificios aunque fueran monumentales. Palacios, conjuntos religiosos o civiles, obras de defensa y fortificación, etc. tenían un sentido concreto y debían responder a una finalidad utilitaria a la que quedaban supeditadas cualquiera otras consideraciones aunque se tratase de obras bellas y costosas. Se tenía como habitual que los edificios se construían para ser utilizados y dentro de su utilización quedaban implícitas, desde luego, las modificaciones que el propio uso o la alteración del mismo pudieran exigir.

El Palacio de la Aljafería encierra una carga histórica que es difícilmente repetible, como también lo es la suma de venturas y desventuras que sufrió en su dilatada vida hasta el momento presente en que cuenta con la voluntad unánime de la sociedad para permanecer en el merecido puesto de gran relevancia que le corresponde.

El mero hecho de su conservación o desaparición se incardina en la misma raíz de ese hipotético diálogo a que aludimos entre propietarios y monumento. La misma evolución de las ideas políticas, incluso la moda, tuvo mucho que decir a la hora de decidir sobre esos elementos que, como retazos de nuestro pasado, han podido sufrir adaptaciones, transformaciones e incluso su eliminación en razón de la simple voluntad decisoria de sus usuarios.

La periodización histórica hecha por historiadores, historiadores del arte y confirmada en líneas generales por los arqueólogos, muestra con claridad lo complejo de su evolución, los avatares sufridos y las transformaciones realizadas, casi siempre negativas para nuestra óptica actual. La fase final, larga y laboriosa se inicia con las restauraciones y recuperaciones que de manera balbuceante empiezan en 1947 con el arquitecto F. Iñíguez, finalizando en 1999 con los arquitectos L. Franco y M. Pemán cuyos trabajos comenzaron en 1985 con la primera fase de adaptación del conjunto monumental a la sede de las Cortes de Aragón.

Durante este medio siglo fueron muchas las intervenciones con voluntad restauradora que se efectuaron en el recinto, algunas de ellas hoy en día controvertidas, pero exculpables por la época en que se produjeron, aunque no hay que negar que la verdadera alma de la recuperación de la Aljafería hasta los años ochenta fue sin duda el arquitecto F. Iñíguez, con buena parte de su intervención puesta hoy en tela de juicio

sobre todo por la ausencia casi total de metodología desde el punto de vista arqueológico. La ausencia de diarios y documentación gráfica, así como de anotaciones que indicaran la procedencia de los elementos recuperados, privó de una serie de informaciones vitales a la hora del estudio del edificio, al primarse la reconstrucción estética del conjunto sobre cualquier otro criterio.

No puede discutirse sin embargo la excelente disposición y la preocupación del arquitecto por el monumento que tenía ante sí y la grave responsabilidad que sin duda significaba enfrentarse al mismo, tras vencer la reticencia de las autoridades militares propietarias y ocupantes durante un delitado periodo de tiempo, desde Felipe II, por las condiciones en que se encontraba, ya en un completo proceso de degradación y abandono.

F. Iñíguez era consciente del poderoso reto que significaba trabajar entre aquellos vetustos muros que encerraban secretos no fáciles de desentrañar. También era consciente de que la traumática extracción de los arcos y elementos arquitectónicos realizada en 1867 había sido un serio disparate que no convenía repetir (Savirón Estevan, 1871; Hermanos Albareda, 1935). Aunque todo eran buenas intenciones, tanto del Marqués de Lozoya, en aquel momento Director General de Bellas Artes como de la mayor parte de las fuerzas vivas e intelectuales locales, poco podía hacer ante una administración militar poco entusiasta en aquellas épocas, así como ante la endémica penuria de medios que acompañó al tenaz arquitecto durante los casi cuatro decenios que trabajó en el conjunto, no sin críticas importantes a sus intervenciones.

La recuperación monumental integral en la España de mediados de siglo y decenios subsiguientes era prácticamente inexistente. Había, eso sí, una exigua actividad fruto de cierta tradición en restauraciones monumentales, siempre más entusiásticas que reales por la falta de medios y técnicos apropiados y desde luego por una nula voluntad política, que aunque no había derogado la Ley de Patrimonio Histórico de 1933, no se distinguía precisamente por sus euforias culturales e intelectuales, ni tampoco por su labor restauradora, Paradores Nacionales aparte.

Granada, Córdoba, Zaragoza, fueron ciudades, las dos primeras de manera mas decidida, que se vieron afectadas en aquellos años por proyectos que incidirían en su pasado musulmán, no tanto por lo que significaba en sí, y sin duda era mucho, para el acerbo histórico español, sino tal vez porque en aquella España Imperial que celebraba en 1952 el Centenario de los Reyes Católicos, una intervención en el Castillo de la Aljafería zaragozana con puesta en valor de la parte del palacio de los monarcas católicos, constituía una ocasión única para festejar una vez mas su victoria definitiva contra los infieles, precisamente en uno de sus palacios mas representativos.

Es bastante sintomático que en los proyectos de restauración se primase el palacio musulmán y el renacentista de los RR. CC. sobre el medieval del reino de Aragón. La restauración cercenó, modificó y alteró las estructuras del palacio medieval, lo que favoreció su infravaloración, como se puede apreciar en las publicaciones hasta época más reciente, efectuándose ésta de manera secundaria y siempre muy superficialmente, dentro del estudio general del edificio al considerarse que esta fase estaba irremediablemente perdida (entre otros muchos: Beltrán Martínez, 1970; Expósito, Pano y Sepúlveda, 1986)

También es cierto que parte del palacio medieval había desaparecido ya desde el siglo pasado a raíz de la construcción del denominado cuartel de San Jorge, así como otras estancias situadas en el antiguo patio de San Jorge, o ubicadas alrededor del actual patio de Santa Isabel, de cuya existencia tenemos conocimiento por las menciones que a ellas se hacen en crónicas y documentación de la época (Blancas, 1585 y 1588; Zurita, 1562-1580; Madurell Marimón, 1935, etc.)[1].

La recuperación de la información sobre algunas estancias se ha podido llevar a cabo tan sólo a través de una rigurosa interpretación de arqueología vertical en muros y alzados, reinterpretando el trazado de muchas de las estancias medievales alteradas o modificadas en mayor o menor grado durante el reinado de los RR. CC., como en la Sala de los Pasos Perdidos I en cuyo muro sur se halló tapiada una puerta por la que se accedería a la parte del palacio hoy desaparecida[2].

La aplicación de técnicas novedosas en Aragón nos permitieron recuperar numerosa información, más de la que en un primer momento llegamos a suponer. La documentación de muros superpuestos directamente sobre suelos y las fisuras de las paredes, los rebajes de los muros, la aparición de puertas tapiadas, etc., como en el caso del salón del Trono de los RR. CC. y en las salas de los Pasos Perdidos, han permito reconstruir de una forma bastante aproximada como era el palacio que en un tiempo albergó a los reyes de Aragón y en cuyos patios se celebraron bodas reales, victorias y conquistas, ceremonias conocidas a través de las

1.- En el transcurso de las excavaciones hemos podido documentar algunas de estas alteraciones. Baste citar la aparición en el noreste del Patio Occidental de los restos de la cimentación, así como unas pocas hiladas del alzado en ladrillo, del muro medieval del Palacio, apreciándose como el trazado y la fachada actual que corresponde a estancias del cuartel de Carlos III e Isabel II está retranqueado ligeramente, no así el exterior de la escalera noble que mantiene idéntica orientación.

2.- De la puerta tan sólo se conservaba su dintel y parte de la jamba derecha en la que se apreciaba la decoración de lazos mudéjares, similares a la orla decorativa que enmarca los emblemas heráldicos de época de Pedro IV en el alfarje del Salón de Recepción de dicho monarca ubicado en la planta baja. Restos de una segunda puerta, ésta islámica, se hallaron en el andador occidental del Patio de Santa Isabel, en las proximidades del Salón de San Jorge que serviría de acceso interior entre este patio y la parte del palacio desaparecido.

narraciones de los cronistas Blancas, Carbonel y Zurita, y cuyos muros llegaron incluso a acoger durante un tiempo el Santo Grial.

El arquitecto F. Iñíguez quiso propugnar siempre una actuación respetuosa y cuidada sobre el monumento. Consciente de las limitaciones con las que se iba a encontrar defendía acciones limitadas, al menos en teoría, que permitieran un conocimiento adecuado del conjunto para proceder luego a su restauración. La arqueología tuvo su lugar en aquellas actuaciones pero entendida, al gusto y uso de la época en temas de restauración, como un medio en exceso complementario de la labor del arquitecto y realizada por él mismo o bajo su dirección, supervisada en este caso por A. Beltrán desde su cargo de Comisario de zona del Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional, pero sin una intervención decidida y real de arqueólogos, que sólo participaron directamente ya muy tardíamente, como en el caso de J. Souto, entre 1983-1985, en los trabajos dirigidos por A. Peropadre.

Previamente, en 1982, J. A. Benavente, arqueólogo del Servicio Arqueológico Municipal de Zaragoza, efectuó una serie de pequeños sondeos y catas, nueve en total, en el patio de San Martín, y en las proximidades de la Torre del Trovador, sin que los resultados tuviesen mayor relevancia. Unicamente se localizaron conducciones modernas, así como una serie de muros de ladrillo, también modernos y restos aislados de una estructura en aquellos momentos de difícil interpretación por lo limitado de la extensión, que posteriormente resultó ser una puerta acodada del recinto islámico.

Los trabajos de J. Souto se centraron en el patio de San Martín, en donde pudo localizar los restos de la ya mencionada primitiva puerta acodada del recinto islámico, así como los de una serie de estructuras muy perdidas pertenecientes a la fase pre-hudi del edificio (Souto, 1987a, 169-173; 1987b, 231-233; 1987c, 273-280). Del mismo modo, Souto, actuó en la zona ocupada por la albercas del Patio de Santa Isabel descubriendo su trazado original (Souto, 1987d, 89-104), aunque posteriormente quedarían ocultas bajo otras de fábrica moderna con un tamaño sobredimensionado que distorsionaron notablemente la realidad del conjunto, recreando otros modelos. Todo ello contribuyó a falsear de manera ostensible la distribución primitiva y original del patio y su relación con las estancias y zonas porticadas.

También fue J. Souto, junto a E. Ariño, quién sondeó por primera vez el Patio Occidental en un intento de constatar la presencia de niveles medievales pertenecientes a las primeras fases del edificio, con resultados negativos, al documentar únicamente estratos revueltos y muy alterados por las numerosas zanjas abiertas a lo largo de los últimos tiempos para colocar canalizaciones y desagües, sin que en ningún lugar se documentase estructura arquitectónica alguna (Ariño y Souto 1985, 121-124).

La tarea emprendida por F. Iñíguez y continuando por A. Peropadre, nos dejó un monumento con una lectura compleja, una serie de actuaciones discutibles, alguna de ellas poco justificadas, aunque no estuvieran exentas de honradez, y una fase final de actuación en la que poco a poco se fue desvirtuando el análisis mas riguroso de los primeros proyectos, siempre muy vagos en su planteamiento, abiertos a modificaciones *in situ* según las necesidades y el presupuesto disponible. No hay más que leer los proyectos de obra, siempre poco descriptivos y muy difusos, para darnos cuenta de como se desarrollaron las obras, muchas veces ajenas a aquellos primeros planteamientos (Sobradiel, 1998).

La impresión general es la de pequeños parcheos, salpicando aquí y allá soluciones, que por no definitivas quedaron en intentos fallidos repetidas veces, junto a una escasísima información escrita de cuanto se realizaba o se iba a realizar. Esta penuria informativa sobre los trabajos, tan sólo dos artículos de cierta relevancia (Iñíguez, 1952; 1964, 357-370) es el mayor problema con que deben enfrentarse los estudiosos del conjunto en una tarea que lamentable o afortunadamente nunca se cerrará por completo.

Paralelos a estos años de restauración, serían los estudios de C. Ewert (1977; 1978-1980; 1979), posiblemente la persona que mejor supo interpretar la Aljafería, a pesar de tener que trabajar generalmente con elementos descontextualizados, muchas veces mal recogidos y peor almacenados, sin anotaciones de procedencia, ubicación, etc.

A inicios de 1986, tomada la decisión política de instalar las Cortes de Aragón en la Aljafería, quedaba el problema de la eventual aparición de restos significativos de su rico pasado histórico que impidiesen llevar a cabo la totalidad del proyecto de ocupación del espacio no noble del conjunto, con el compromiso, aceptado por todos los estamentos institucionales, de que serían los resultados arqueológicos los que finalmente determinarían la viabilidad o no de la ubicación allí de las Cortes.

Hay que señalar que tal compromiso fue desde el primer momento respetado, no constituyendo casos aislados las modificaciones realizadas sobre los sucesivos proyectos de recuperación arquitectónica y adecuación monumental, motivados por la aparición de restos significativos de algunas fases de la historia del conjunto que se consideró oportuno debían conservarse visibles y adecuadamente revalorizados[3].

3.- Estos fueron principalmente: aparcamientos en la zona occidental, cubos de muralla en el ala occidental bajo el actual comedor de las Cortes, cimentación e inicio de la torre construida por Pedro IV en el ángulo noroccidental, secciones del tapial original del siglo XI en diversos puntos del Palacio, albercas originales, restos de puertas antiguas en Patio de Santa Isabel y Sala de los Pasos Perdidos I, etc. (Martín-Bueno,M., Sáenz Preciado,C. y Monforte Espallargas, A. 1996; Martín-Bueno, M. y Sáenz Preciado, J.C. 1998, T.I: 67-78, 150-168, 219-228, 321-328, 455-465; T.II: pp.149-310, VV.AA., 1998.

La actuación arqueológica se planteó por tanto en razonable acuerdo con la dirección facultativa y técnica de la obra, pudiendo afirmar con convencimiento que la cooperación y sobre todo la necesaria comprensión hacia los problemas arqueológicos que se presentaron fue excelente. Por otro lado la propiedad y la administración competente, ésta por medio de la Comisión de Patrimonio, mostraron una total receptividad y respeto por la actuación arqueológica.

Salvada la libertad de actuación del equipo arqueológico se pudo establecer el propio ritmo de trabajo impuesto por lo tantas veces imprevisible de la propia praxis arqueológica. Los trabajos, lentos y minuciosos se encaminaron en todo momento a recuperar la mayor documentación e información posible, tratando con respeto pero con crítica cautelosa la escasísima información precedente. Hay que considerar que era la última ocasión en que se podría obtener información en mucho tiempo, posiblemente para siempre[4]. La eliminación de la totalidad de los suelos de las estancias, las reformas de los patios, la limpieza de las paredes posibilitó en el transcurso de los más de doce años de trabajos la intervención en la totalidad del espacio, tanto horizontal, como vertical.

Desde un primer momento se planteó la necesidad de realizar una intervención arqueológica integral, entendiendo por tal no sólo la responsabilidad de las excavaciones y sondeos estratigráficos en los escasos lugares todavía disponibles o no alterados por los trabajos de F. Iñíguez, sino también la revisión de las estructuras en pie por medio de la denominada arqueología vertical y un minucioso programa de análisis técnicos y sondeos especiales en todos aquellos puntos, estructuras y elementos que lo requirieron: dendrocronología, determinación de especies vegetales, estratigrafías y análisis físico-químicos de revestimientos y pigmentos, análisis petrológicos de morteros, alabastros y piedras orna-

4.- La ausencia de cimentaciones en una parte importante del edificio, así como la poca identidad de otras, obligó a efectuar una compleja obra de encofrado de los muros y soleras de hormigón de más de 40 cm. de potencia, lo que ha supuesto que el subsuelo quedase «sellado». Con ello se pretendía asentar el edificio y detener una basculación que había generado numerosas fisuras y grietas en las paredes. De la misma manera se pudo comprobar que el vaciado del foso en los años ochenta había deteriorado parte del recinto amurallado islámico en el que se apreciaba como los sillares de los cubos se desencajaban entre sí al deslizarse hacía el foso (inexistente en época islámica) al perderse el relleno que actuaba a modo de contrafuerte. Con toda seguridad este problema se desarrolló a raíz de la ejecución del foso en época de Felipe II, dentro del proyecto de fortificación planeado por el ingeniero sienés T. Spanochi. Por todo ello fue necesario sellar y coser las juntas para prevenir que se acentuase su deterioro. Conscientes de la necesidad de estas actuaciones se tomaron numerosa muestras de morteros y encofrados antiguos tanto para los análisis que efectuamos (Delgado, 1998, 331-346) como para su almacenamiento en previsión de trabajos futuros de otros investigadores que pudieran encontrar obstaculizada su labor por la imposibilidad de obtener nuevas muestras.

mentales, ladrillos y adobes, estudios antropológicos, etc., realizados por especialistas de reconocida solvencia[5].

Junto a la interpretación de las evidencias estructurales y del registro arqueológico, se ha intervenido en la toma de decisiones y recomendaciones tendentes a la puesta en valor de los restos hallados susceptibles de ser conservados visibles *in situ*, como en el caso del recinto amurallado occidental, conscientes de que su integración en la nueva función del conjunto, por una parte utilitaria como sede de las Cortes de Aragón y por otra como importante monumento histórico a visitar, no debía estar reñida con su perduración, adecuada lectura e interpretación y disfrute.

Es evidente que la carga histórica y las múltiples modificaciones que sufrió el conjunto monumental a lo largo de su vida no ha planteado hasta tiempos recientes, la posibilidad de una lectura sincrónica y necesariamente resumida e incompleta del mismo. Esa dificultad, casi insalvable, supuso para F. Iñíguez y para quienes le han sucedido, no pocas vacilaciones y titubeos, sobre todo si tenemos en cuenta que la eliminación, en cada periodo histórico, de partes substanciales de lo precedente, ha impedido esa visión global.

Uno de los principales problema que la arqueología ha resuelto en parte, es el de equilibrar y matizar las interpretaciones precedentes que se habían efectuado sobre fases constructivas, distribución de estancias o cronología, dando justo valor a todo lo hallado, intentando verificar y documentar todo lo posible, de ahí que los resultados hayan sido espectaculares, principalmente para el periodo aparentemente más desconocido y supuestamente perdido, el mudéjar, que gracias a los nuevos hallazgos adquiere ahora todo el protagonismo que ha permitido su conservación, muy enmascarada o erróneamente interpretada.

La lectura arqueológica de las excavaciones realizadas entre 1986-1999, que abarcaron hasta los puntos más recónditos del monumento en los que era preciso intervenir, ha proporcionado una notable información, muchas veces nueva y otras ratificadora de la ya existente o conocida. Lamentablemente se ha podido verificar que muchos de los puntos en los que nos vimos precisados a actuar habían sido ya alterados por intervenciones pseudo-arqueológicas antiguas, en las que la buena voluntad no logró mitigar la ausencia correcta de interpretación ni la irremisible pérdida de información y materiales, sorprendentemente casi inexistentes, lo que una vez más nos ilustra sobre el método empleado, al contrario de lo que ha ocurrido en la última fase de intervención.

5.- Queremos aprovechar estas líneas para recordar la figura de Salvador Delgado fallecido en un trágico accidente de tráfico días después de la entrega de los resultados de su análisis petrológico. Desde aquí nuestra más sincero recuerdo al que fue además de colaborador, amigo.

Con todo, lo más grave ha sido la casi total ausencia de publicación de sondeos, intervenciones y materiales, con los que sin duda se hubiera podido llegar a determinaciones más concluyentes y se habrían invertido menos esfuerzos, medios humanos y materiales, ganado en conocimiento del monumento que se pretendía llegar a conocer. Como arqueólogos es muy decepcionante intervenir a ciegas sobre zonas ya afectadas por trabajos previos no documentados, de las que desconocemos su alcance real y los materiales obtenidos, que se dispersaron, perdieron o simplemente no se recuperaron, en actitudes poco responsables y hoy francamente incomprensibles.

Los doce años de intervención arqueológica posibilitaron, sin duda alguna, haber permitido andar con paso firme y seguro en la interpretación final del monumento, la definitiva no se cerrará nunca, al movernos en una ciencia que aunque se crea todo lo contrario es viva y jamás escribe la última palabra.

Los trabajos arqueológicos han facilitado notablemente la tarea de rehabilitación del monumento y la adaptación, en la parte correspondiente a la función utilitaria que ha vuelto a adquirir el conjunto, con la instalación de las Cortes de Aragón. Los elementos estructurales o decorativos recuperados y puestos ahora en valor, han permitido una relectura del edificio, revitalizando algunos de sus periodos históricos antes injustamente desairados por la falta de información o postergados por la excesivamente valoración de otros, quizás de manera inconsciente, que se hallaban más acordes con la idea de la España Imperial que prevalecía en aquellos años. El viejo palacio musulmán, raíz del origen histórico del conjunto, enlazaba con la imagen victoriosa de sus majestades católicas no dejando de lado los lazos tradicionales que emparentaban ambas culturas, también utilizados por su oportunismo político cuando convenía.

Hoy no podremos llegar a penetrar ya ni en la profundidad de las estratigrafías perdidas ni en la mente del benemérito D. Francisco Iñíguez, que tuvo que afrontar semejante tarea, llevándose consigo la información que nunca plasmó en escritos, pero sin duda ambas hubieran resuelto muchas de las claves del monumento y bastantes de las dudas que permanecerán sin resolver para siempre entre los muros del recinto.

La visión actual de la Aljafería no estará tampoco libre de críticas, empezando por la oportunidad o no de instalar allí una Institución como las Cortes con la implicación de la nueva adaptación funcional llevada a cabo, solo el paso del tiempo sentenciará si dicha decisión fue o no correcta. Lo que si está claro es que las ciudades y los monumentos son obra de la sociedad que los construye, los utiliza y los mantiene, unas veces con respeto, otras abusivamente, pero no debe existir la mínima

duda de que un monumento librado al abandono y a la incuría tiene muy pocas posibilidades de sobrevivir y la Aljafería en 1985 era una lamentable ruina sobre la que se lloraba y especulaba en demasía pero se actuaba muy poco. La indecisión en su utilización, la pertinaz dejadez de las administraciones que pareció cebarse sobre este edificio, la mayoría de las veces por falta de recursos económicos, llevaron al viejo Palacio al límite de su existencia.

Hoy su pervivencia está más que asegurada y Aragón ha recuperado no solo un gran monumento en el que del mismo modo que en el pasado entre sus muros se escribió una parte importante de la historia de Aragón, actualmente se escribe la presente, iniciado una nueva etapa de su vida, una vez mas al servicio de la sociedad a la que nunca debió dejar de pertenecer.

BIBLIOGRAFÍA

La bibliografía generada por la Aljafería es tan extensa que nos limitaremos únicamente a mencionar la más sustancial, así como la que aparece referenciada en el texto.

ALBAREDA, J. y J.

— La Aljafería: datos para su conocimiento histórico y artístico, Zaragoza, 1935.

ARIÑO GIL, E. y SOUTO LASALA, J.

— «Sondeos estratigráficos en la Aljafería de Zaragoza (octubre-diciembre). Informe preliminar», Sarq al-andalus 3, Alicante, 1985, pp. 121-124.

BELTRÁN MARTÍNEZ, A.

— La Aljafería, Zaragoza, 1970.

BLANCAS, J. de.

— Coronaciones de los serenísimos reyes de Aragón, Zaragoza, 1585, ed. Francisco Andrés de Uztarroz en 1641.

— Comentarios de las cosas de Aragón, 1588, Ed. fasc. Cortes de Aragón, 1995.

CABAÑERO SUBIZA, B. y LASA GRACIA, C.

— «Reconstitución de la portada occidental de la sala norte del palacio islámico de la Aljafería de Zaragoza a partir de su estudio epigráfico», Artigrama 6-7, Zaragoza, 1989-1990, pp. 173-217.

— «Las techumbres islámicas del palacio de la Aljafería. Fuentes para su estudio», Artigrama 10, Zaragoza, 1993, pp. 79-120.

— «El Salón del Trono del Palacio Islámico de la Aljafería reflejo del ideario político del rey al-Muqtadir», Aragón Turístico y Monumental año 69, n.° 334, Zaragoza 1995, pp. 13-15.

CABAÑERO SUBIZA, B., LASA GRACIA, C. y MINGUELL CORMAN, J. A.

— «Yesería del Salón del Trono del palacio islámico de la Aljafería», Intervenciones en el Patrimonio Artístico de Aragón. Catálogo de la exposición, Zaragoza, 1993, 34-41.

DELGADO CABRIANA, S.

«Informe preliminar para la caracterización de los materiales de la construcción. Análisis petrológico», La Aljafería, Zaragoza, 1998, T. II, pp. 331-346.

EWERT, C.

— «Tradiciones omeyas en la arquitectura palatina de la época de los taifas. La Aljafería de Zaragoza», XXIII Congreso Internacional de Historia del Arte (Granada, 1973), Granada, 1977, pp. 62-75.

— Spanish-Islamiche Systeme sich Kreuzender Bögen. III Die Aljafería in Zaragoza, Madrider Forschungen, 12, 3 vols., Berlín, 1978 y 1980.

— Hallazgos islámicos en Balaguer y la Aljafería de Zaragoza, Excavaciones Arqueológicas en España, n.° 97, Madrid, 1979.

EXPÓSITO, M. y PANO, J. L.

— «El palacio musulmán de la Aljafería», Artigrama 10, Zaragoza, 1993, pp. 55-78.

EXPÓSITO, M.; PANO, J. L. y SEPÚLVEDA, M. I.

— La Aljafería de Zaragoza, Zaragoza, 1986.

FERNÁNDEZ CUERVO, C.

— «Los grabados de la Torre del Trovador», Cuadernos de Historia Jerónimo Zurita, 19-20, Zaragoza, 1966-67, pp. 201-228.

FERRER PLOU, J.

— «Algunos planos, mapas y dibujos del Archivo de la Diputación Provincial de Zaragoza», Cuadernos de Historia «Jerónimo Zurita» n.° 49-50, Zaragoza.

IÑÍGUEZ ALMECH, F.

— Así fue la Aljafería, Institución Fernado «El Católico», Zaragoza, 1952.

— «La Aljafería de Zaragoza. Presentación de los nuevos hallazgos», I Congreso de Estudios Arabes e Islámicos (Córdoba, 1962), Madrid, 1964, pp. 357-370.

LASA GRACIA, C.

— «Inscripciones de la Aljafería y fondos islámicos del Museo de Zaragoza», Boletín del Museo de Zaragoza 6, Zaragoza, 1987, pp. 247-287.

MADURELL MARIMÓN, J. M.

— Pere el Ceremoniós y les obres públiques, Miscel. lània Finke d'Història i Cultura Catalana. Analecta Sacra Tarraconensia, Barcelona, 1935.

— «La Aljafería Real de Zaragoza. Notas para su historia», Hispania XXI, Madrid, 1961.

MARTÍN-BUENO, M.

— «La Aljafería. Excavaciones de 1986», Boletín del Museo de Zaragoza 6, 1986, pp. 439-440.

MARTÍN-BUENO, M. y SÁENZ PRECIADO, C.

— «Trabajos arqueológicos en el Palacio de la Aljafería (Zaragoza)», Arqueología Aragonesa 1993, Zaragoza, 1997, pp. 109-114.

— «Trabajos arqueológicos en el Palacio de la Aljafería (Zaragoza)», Arqueología Aragonesa 1994, Zaragoza, e. p.

— «Trabajos arqueológicos en el Palacio de la Aljafería (Zaragoza)», Arqueología Aragonesa 1995, Zaragoza, e. p.

— «Trabajos arqueológicos en el Palacio de la Aljafería (Zaragoza)», Arqueología Aragonesa 1996, Zaragoza, e. p.

— «Trabajos arqueológicos en el Palacio de la Aljafería (Zaragoza)», Arqueología Aragonesa 1997, Zaragoza, e. p.

— La Aljafería, Zaragoza, 1998, T. I: 67-78, 150-168, 219-228, 321-328, 455-465; T. II: pp. 149-310.

MARTÍN-BUENO, M., ERICE LACABE, R. y SÁENZ PRECIADO, Mª. P.

— La Aljafería. Investigación Arqueológica, Zaragoza, 1987.

— La Aljafería. Investigación Arqueológica II, Zaragoza, e. p.

MARTÍN-BUENO, M., SÁENZ PRECIADO, C. y MONFORTE ESPALLARGAS, A.

— La Heráldica de Pedro IV y Juan I en el Palacio Real de la Aljafería, Zaragoza, 1996.

NOUGUES SECALL, M.

— Descripción e historia del Castillo de la Aljafería, Zaragoza, 1846.

PALOMAR LLORENTE, M.ª. E.

— «Cerámica de reflejo metálico de la Aljafería», Boletín del Museo de Zaragoza 2, Zaragoza, 1983, pp. 245-248.

REVERTE COMA, J. M.

— «Informe antropológico y patológico de la necrópolis superior y cripta de la Iglesia de San Martín,La Aljafería, Zaragoza, 1998,T. II, pp. 321-330.

SAVIRÓN ESTEVAN, P.

— Memoria sobre la adquisición de objetos de arte y antigüedades en las provincias de Aragón, con destino al Museo Arqueologíco Nacional, Madrid, 1871.

SOBRADIEL, P. I.

«Intervenciones del Cuerpo de Ingenieros del Ejercito en el Castillo de la Aljafería de Zaragoza durante el siglo diecinueve», Artigrama 10, Zaragoza, 1993, pp. 121-143.

SOUTO LASALA, J.

— «Informe de la excavación del patio de San Martín en el Palacio de la Aljafería de Zaragoza. Año 1985», Arqueología Aragones, 1985, Zaragoza 1987, pp. 169-173.

— «La excavación arqueológica del patio de San Martín en la Aljafería de Zaragoza (febrero-mayo de 1985), Sharq 4, 1987, pp. 231-233.

— «La puerta de entrada de la Aljafería en época Taifa a la luz de las excavaciones realizadas en 1985», II Congreso de Arqueología Medieval Española, Madrid, 1987, pp. 273-280.

— «Sobre el papel del arqueológo medievalista en las obras de restauración de monumentos arquitectónicos», I Congreso de Arqueología Medieval Española, Huesca, 1987, pp. 89-104.

VV. AA.

— La Aljafería. II T. (Coord. Antonio Beltrán), Ed. Cortes de Aragón, Zaragoza, 1998.

ZURITA, J.

— Anales de la Corona de Aragón (1562-1580), ed. A. Canellas, Inst. «Fernando El Católico», Zaragoza, 1967, p. 1077.